

TRABAJOS Y TRABAJADORES EN AMÉRICA LATINA (SIGLOS XVI-XXI)

Rossana Barragán Romano (coord. y comp.)

Amaru Villanueva Rance y Cristina Machicado Murillo (org.)



Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional
BOLIVIA

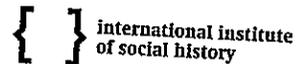


Centro de
Investigaciones
Sociales



Ministerio de
Planificación
del Desarrollo
Estado Plurinacional de Bolivia

INTERVENCIÓNES
urbanas



Organización
Internacional
del Trabajo



Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
El Organismo de las Naciones Unidas para la Migración



musef
Museo de Etnografía y Folklore



Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI) / coordinación y compilación de Rossana Barragán Romano / organización de Amaru Villanueva Rance y Cristina Machicado Murillo – La Paz : Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2019.

578 p. ; il. ; 24 cm – (Historia laboral)

ISBN 978-99974-77-84-2 (versión imprenta)

ISBN 978-99974-77-85-9 (versión digital)

Contiene : Prólogo / Rossana Barragán Romano, Amaru Villanueva Rance.

1. América Latina – Género del trabajo/no trabajo 2. América Latina – Historiografía del trabajo 3. América Latina – Trabajo y coacción 4. América Latina– Conflictos y luchas laborales 5. América Latina – Informalidad y precariedad I. Barragán Romano, Rossana, coordinación y compilación II. Villanueva Rance, Amaru y Machicado Murillo, Cristina, organizadores III. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, ed. IV. Título.

Director general del CIS: Eduardo Paz Gonzales

Gestión editorial y revisión de pruebas: Claudia Dorado Sánchez

Edición académica: Rossana Barragán Romano, Paola Villarroel Oyanguren y Cristina Machicado Murillo

Edición y corrección de estilo: Patricia Montes Ruiz

Composición de portada: Valentina Delgado Torrez

Diseño y diagramación: Gabriel Sánchez Castro

Gestión de derechos de autor y registros editoriales: Ernesto Flores Ayala

Gestión administrativa: Betty Márquez Lecoña

Derechos de la presente edición, agosto de 2019

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia,

Centro de Investigaciones Sociales (CIS)

Calle Ayacucho esq. Mercado N° 308

La Paz - Bolivia

+591 (2) 2142000

Casilla N° 7056, Correo Central, La Paz

www.cis.gob.bo

ISBN: 978-99974-77-84-2 (versión impresa)

D.L.: 4-1-300-19 P.O.

Primera edición

500 ejemplares

Impreso en Bolivia

Las opiniones expresadas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan la postura de las instituciones que han contribuido a su financiamiento, producción o difusión.

"Esta obra ha sido beneficiada del Programa Intervenciones Urbanas del Ministerio de Planificación del Desarrollo del Estado Plurinacional de Bolivia."

Este libro se publica bajo licencia de Creative Commons:

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Esta licencia permite a otros crear y distribuir obras derivadas a partir de la presente obra de modo no comercial, siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada, y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.



CRÉDITOS

AUTORES

Mirta Lobato, Verena Stolcke, María Ullivarri, Fernanda Wanderley, Sabina Di Marco, Cristiana Schettini, Diego Galeano, David Mayer, Paulo Drinot, Larissa Rosa Corrêa, Fabiane Popinigis, Paulo Cruz Terra, Laura Caruso, Lucas Poy, Andrés Stagnaro, Victoria Basualdo, Paola Revilla, Christian G. De Vito, Beatriz Mamigonian, Felipe Castro, Paula C. Zagalsky, Isabel M. Povea Moreno, Francisco Quiroz, María Luisa Soux, Norberto O. Ferreras, Gabriela Scodeller, Sergio Serulnikov, Carlos Illades, Rossana Barragán R., Huascar Rodríguez García, Pablo Ferreira, Renán Vega Cantor, Luz Ángela Núñez Espinel, Gioconda Herrera, Dasten Julián Vejar, Cristina Vega y Lucrecia Saltzmann

COORDINADORES, COMENTARISTAS Y COMITÉ EDITORIAL

Laura Caruso, Larissa Rosa Corrêa, Felipe Castro, Christian G. De Vito, Gioconda Herrera, Carlos Illades, Mirta Lobato, David Mayer, Beatriz Mamigonian, Paola Revilla, Gabriela Scodeller, Julio Pinto, Lucas Poy, Verena Stolcke, Sergio Serulnikov, Andrés Stagnaro, María Ullivarri y Cristina Vega

OTROS INTEGRANTES DEL COMITÉ EDITORIAL

Gabriel Di Meglio, James Dunkerly, Sergio Grez y Carmen Soliz

COLABORADORAS

Paola Villarroel Oyanguren y Cristina Machicado Murillo

Una historia verosímil de la Princesa de Borbón: trabajo, género y sexualidad en América del Sur, 1905-1919

Cristiana Schettini (Brasil/Argentina)*

Diego Galeano (Argentina/Brasil)**

*RESUMEN:*¹ Este texto explora algunos momentos de la trayectoria laboral y migratoria de la persona conocida como Princesa de Borbón, Luis Fernández, Pedro Pérez o Armando Ariatti. Sus recorridos por Río de Janeiro y Buenos Aires contribuyen a delinear un abanico de posibles cruces entre trabajo, género e inmigración. La Princesa de Borbón participaba, junto a una inmensa masa de migrantes, en la búsqueda de formas de supervivencia que incluía una diversidad de estrategias y salidas laborales, cruzadas por el género. Cada una de esas formas suele ser abordada por historiografías distintas (historia del delito, historia del trabajo, historia de las migraciones internacionales), pero para sus protagonistas se trataba de un mismo repertorio de caminos para sobrevivir. Al abordarlas en conjunto, este artículo busca reflexionar sobre las posibilidades de supervivencia y de trabajo en los circuitos migratorios sudamericanos en los años previos a la Primera Guerra Mundial, en el cruce de múltiples fronteras: de género, de identidades sexuales, de actividades remuneradas y no remuneradas, de la legalidad y la ilegalidad. Notas periodísticas producidas en Argentina, Brasil y Uruguay, registros de expulsión de extranjeros y correspondencia entre autoridades policiales constituyen la principal documentación consultada. El género representado por la Princesa de Borbón y los llamados “hombres vestidos de mujer” hace visible, al mismo tiempo que lo desnaturaliza, un conjunto de actividades laborales femeninas de comienzos del siglo XX: el trabajo doméstico, la prostitución y

* Doctora en Historia Social por la Universidad Estadual de Campinas. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Contacto: crischettini@gmail.com

** Doctor en Historia Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Departamento de Historia, Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC-Rio). Contacto: dgaleano@puc-rio.br

¹ Agradecemos a la organización del Congreso Trabajo y Trabajadores, así como los comentarios de los evaluadores anónimos. Versiones previas de este texto fueron discutidas en el grupo Crimen y Sociedad (Buenos Aires, 2017) y en la mesa coordinada por William Acree en el simposio de la sección Cono Sur de LASA (Montevideo, 2017). Agradecemos las cuidadosas lecturas y los comentarios recibidos en ambas oportunidades.

el trabajo artístico. El artículo se organiza en dos partes: en primer lugar, se analizan algunas percepciones contemporáneas sobre las identidades de género con relación a la movilidad geográfica de sujetos insertos en contextos migratorios. Luego, los itinerarios de la Princesa de Borbón iluminan algunos sentidos construidos y disputados en ese campo de posibilidades para mujeres registradas como ladronas, sirvientas, prostitutas y viajeras.

PALABRAS CLAVE: género; sexualidad; migración; trabajo; delicto.

INTRODUCCIÓN

Personaje de las crónicas policiales y de las revistas de entretenimiento, la Princesa de Borbón alcanzó cierta fama en la costa atlántica sudamericana a comienzos del siglo XX. Su vida estuvo atravesada por múltiples tránsitos: entre diversas identidades de género, entre la experiencia artística y las constantes imputaciones delictivas, y entre ciudades de Brasil, Argentina y Uruguay, por las que circulaba frecuentemente. La trayectoria de la Princesa de Borbón, Luis Fernández, Pedro Pérez o Armando Ariatti, según el momento de su vida, la red de relaciones en que se insertaba y las maneras en que terceros registran su existencia aclaran una serie de cuestiones relevantes para una historiografía atenta a la perspectiva de género. Este texto toma como punto de partida los escasos registros de su vida como una manera de examinar las fronteras entre el mundo del trabajo y las complejas estrategias de supervivencia como “mujer-hombre”. Su identidad de género, además de ser un foco de interés en sí mismo, constituye una ventana para analizar las formas y los sentidos del trabajo femenino en aquel mundo laboral marcado por el fenómeno de la inmigración masiva. A comienzos del siglo XX, sus itinerarios por ciudades sudamericanas echan luz sobre un abanico de posibles entrecruzamientos entre trabajo, género e inmigración, poniendo en tela de juicio algunos axiomas arraigados en la historiografía.

Entre el incesante movimiento de hombres y mujeres desembarcados en los puertos sudamericanos asomaban inmigrantes que, en los márgenes del mercado laboral y el mercado de entretenimiento, eran asociados a la práctica de robos, al arte del engaño y la simulación. Sus vidas entraban en la órbita de temores sociales sobre las consecuencias de la inmigración europea masiva y los cambios en las relaciones de género a partir de la expansión de circuitos de consumo cultural. En aquellos casos en que, además, transitaban entre identidades de género, la confusión se extendía, transformando sus cuerpos y acciones en un campo de batalla. El desconcierto se expresaba en la multiplicidad de denominaciones que se iban alternando: “hombre-mujer”, “travestis”, “transformistas”, “invertidos”, “imitadores de estrellas”, “ladrones vestidos de mujer”.

Hace ya algunas décadas que la atención de la historiografía del trabajo se ha volcado hacia formas laborales no asalariadas en el marco de complejas relaciones de dependencia. Uno de los efectos de este foco ha sido la intensificación de un debate en torno a las ventajas y los riesgos de una eventual ampliación del propio concepto de trabajador. Por ese camino, muchas experiencias sociales relegadas a otros campos analíticos pasaron a ser temas de interés: formas de trabajo doméstico, sexual, artístico y esclavo comenzaron a ser consideradas como muy importantes para la comprensión de tramas en las que trabajadores masculinos, blancos, industriales y sindicalizados eran minoritarios o, inclusive, inexistentes. Al convocar a otros sujetos a las historias sobre la formación de la clase trabajadora se hace visible una miríada de relaciones sociales, distintivas por ser íntimas, afectivas, cercanas, silenciosas, en las que también se conformaron antagonismos y, acaso, identidades de clase.²

Partimos de un conjunto de registros repletos de confusión, sarcasmo y violencia, así como de numerosas leyendas en torno a las hazañas de la Princesa de Borbón en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro en las primeras dos décadas del siglo XX. Al tratarse de sujetos socialmente percibidos como hombres que asumían identidades femeninas, ya sea en un escenario teatral (como canzonetistas) o fuera de él (como sirvientas, prostitutas o ladronas), suscitaban reflexiones sobre las relaciones entre género y trabajo en las ciudades sudamericanas. En efecto, sus cuerpos, sus gestos, sus miradas y sus acciones se llenaban de sentidos específicos, al poner de relieve intersecciones entre jerarquías de género y relaciones sociales más amplias, incluidos los vínculos laborales, desnaturalizándolos. En este sentido, como señala Anne McClintock a propósito de ciertas prácticas de travestismo en la Inglaterra victoriana, es posible leer esas identidades a la luz de disputas más amplias sobre el trabajo femenino (y su invisibilización en el marco del llamado “culto de la domesticidad”) y sobre la racialización de las jerarquías de género en un contexto imperial (2010: 201-170). Sin embargo, por más sugerentes que resulten estas ideas, nos alejamos de las inspiraciones teóricas y psicoanalíticas de la autora para replantear, desde la perspectiva de la historia social, una pregunta sobre los significados contextuales y relacionales de la experiencia. En otras palabras, la actuación de género de la Princesa de Borbón

2 Un ejemplo de esta producción es la historiadora inglesa Carolyn Steedman, quien destaca la importancia de estudiar al servicio doméstico como una manera de comprender la formación de vínculos laborales y antagonismos de clase (1994: 117). Para una defensa de la utilidad de pensar al trabajo sexual —con sus fronteras con actividades ilegales, nomadismo y formas de trabajo autónomo— en los términos de la historia del trabajo, véase Van Voss, 2012.

y de los llamados “hombres vestidos de mujer” torna visible, al mismo tiempo que desnaturaliza, un conjunto de actividades laborales femeninas de comienzos del siglo XX: el trabajo doméstico, la prostitución y el trabajo artístico.

Para historizar la noción de homosexualidad, especialmente entre comunidades migratorias europeas, particularmente italianas, a comienzos del siglo XX, el estudio de George Chauncey (1995) resulta ineludible. Muchos hombres “convencionalmente masculinos” se relacionaban sexualmente con otros varones considerados afeminados, sin abandonar la categoría de “normales”. La obra de Chauncey ha estimulado investigaciones que buscan contextualizar la primacía de los discursos médicos sobre la sexualidad a la luz de una pregunta más amplia sobre los sentidos de la sexualidad masculina en otras culturas obreras y urbanas marcadas por fenómenos migratorios.³

Tomando estos aportes como punto de partida, procuramos, en primer lugar, analizar percepciones contemporáneas sobre las identidades de género con relación a la movilidad geográfica de sujetos insertos en contextos migratorios. En segundo lugar, nos interesa destacar que la Princesa de Borbón participaba, junto a una inmensa masa de mujeres, en la búsqueda de formas de supervivencia que involucraban una diversidad de estrategias y salidas laborales. Cada una suele ser abordada por historiografías distintas (historia del delito, historia del trabajo, historia de las migraciones internacionales), pero para sus protagonistas se trataba de un mismo repertorio —bastante limitado— de caminos para sobrevivir. Los pasos de la Princesa de Borbón iluminan algunos sentidos construidos y disputados en ese campo de posibilidades para mujeres registradas como ladronas, sirvientas, prostitutas y viajeras.

“LADRONES VESTIDOS DE MUJER”

Un caballero pide un diario de la tarde y, apenas lo abre, sorprendido, exclama a su compañero de mesa:

- ¡Mira! ¡Que se murió la Princesa de Borbón!
- ¿El ladrón ese que hace poco estuvo acá en Montevideo?
- Sí, lo mató un viejo en Chile...⁴

3 Ese mismo enfoque fue adoptado en trabajos como los de Pablo Ben (2007, 2009), en los que la figura de los *maricas* surge de una “sociabilidad plebeya”, construida en el marco de características demográficas y laborales específicas. En eso polemiza con el estudio clásico de Jorge Salessi (1995), más centrado en las dimensiones represivas. Para el caso de Río de Janeiro, el trabajo de referencia es James Green (2000).

4 “Especial para A Noite. O fim trágico de uma vida de ousadas aventuras”. En: *A Noite*, 7 de mayo de 1916: 1.

Cuando el 7 de mayo de 1916 un diario de Río de Janeiro anunció el “final trágico” de la Princesa de Borbón, no necesitó aclarar a sus lectores que no se trataba de la muerte de un integrante de la familia real española. Raúl Gómez, corresponsal de *A Noite* en el Uruguay, al contar cómo se había enterado de su muerte, nos presenta algunos trazos biográficos: la Princesa de Borbón, que en el prontuario policial figuraba con el nombre de Luis Fernández, era un “ladrón conocido de todas las policías sudamericanas, especialmente de [las de] Buenos Aires, Montevideo y Río”. Según esta versión, apareció muerta dentro de un coche abandonado en la ciudad chilena de Quillota. La historia sugería que había sido apuñalada por un amante senil y celoso. Tenía entonces 26 años y hacía algo más de diez que había abandonado su Coruña natal, más por aventura que por necesidad, ya que sus padres eran dos acaudalados comerciantes y, sin hermanos, se perfilaba como el único heredero de esa fortuna. Aunque Luis Fernández es un nombre de lo más común en el universo hispanoamericano, según los datos que brinda este relato, embarcó hacia Argentina en 1905. Y, en efecto, en los registros de ingresos de inmigrantes al puerto de Buenos Aires aparece un Luis Fernández, soltero y de 16 años, arribado el 27 de marzo de 1905 en el barco *Oruba*, procedente del puerto de La Coruña.⁵ A cinco años de su llegada al país, debe haber presenciado las celebraciones del Centenario de la República Argentina, que contaron con la presencia de la Infanta Isabel de Borbón, Princesa de Asturias, en representación de la Corona española. Puesto que los primeros registros de su apodo, Princesa de Borbón, datan de 1912, es probable que se tratara de una parodia de aquella visita tan sonada.

El relato de su trágica muerte, aunque posteriormente fuera cuestionado, insistía en una referencia a la decadencia moral atribuida a una vida difícil de clasificar para la mirada de sus contemporáneos. Fue como delincuente que la Princesa de Borbón apareció, a mediados de 1912, en una crónica del reconocido periodista argentino Juan José de Soiza Reilly, publicada en la revista ilustrada *Fray Mocho* con el título “Ladrones vestidos de mujer”.⁶ De acuerdo con este relato, el periodista se había encontrado en Buenos Aires con un viejo amigo de Montevideo, devenido delincuente, quien le contó de la existencia de una “cofradía de ladrones que para robar se visten de mujer”. Como en otras crónicas, Soiza Reilly utilizó sus contactos con la Comisaría de Investigaciones para verificar los datos de su informante, y obtuvo un profuso *dossier* con nombres, apodos y fotografías reproducidas después en las páginas de la revista. Todo procedía de los prontuarios de la sección Robos y Hurtos,

5 Base de datos del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA): Disponible en: <http://cemla.com/buscador/>

6 Año 1, número 6, 7 de junio de 1912, Buenos Aires. Esta crónica fue reproducida después en Soiza Reilly, 1920: 88-94.

cuyos agentes secretos –según el cronista– conocían de memoria a estas “Evas hombrunas”. Luis Fernández no estaba sola: Juan Soya, más conocida como *La Tana*; Hipólito Vázquez, alias *La Madrileña*; José Sanguinetti, *La María Luisa*; Eduardo Liester, *La Inglesa*; Juan Pumilla, *La Insípida*; Jesús Campos, *La Reina de la Gracia*; y Julio Gimenez, *La Brisa de la Primavera*, eran algunos de los casos narrados. De la mano de Soiza Reilly, sus retratos pasaron de los archivos de la Policía a las páginas de una mundana revista semanal.⁷

La identificación de las “Evas hombrunas” con el mundo del delito le permitía a Soiza Reilly, así como a sus lectores, asociaciones más o menos inmediatas con diferentes prácticas y estilos conocidos en el periodo. Por un lado, una recurrente comparación con el “cuento del tío” atravesaba toda la crónica de Soiza Reilly. Al igual que los cuenteros (Galeano, 2016a), los “ladrones vestidos de mujer” buscaban –se decía– seducir a sus víctimas para sacarles dinero. Para el periodista, compartían con los ladrones porteños un mismo *modus operandi* y un mismo vocabulario, el lunfardo. Sin embargo, Soiza Reilly registraba una serie de voces que no aparecían en los diccionarios de lunfardo de la época, como *plumiar* (salir a buscar hombres para seducir) o *chongos*, para referirse a los obreros. De esta manera, entre la referencia a los “delincuentes profesionales”, más bien “finos y cultos”, y al uso de un lenguaje compartido por vastos grupos sociales, tomaban forma narrativa estos “ladrones vestidos de mujer”.

Una segunda asociación que la nota de Soiza Reilly podía inspirar entre sus lectores era el mundo del servicio doméstico: se insistía en que uno de los blancos de esos peculiares ladrones eran las casas de familia. Para acceder a esos hogares, algunos se disfrazaban de mucamos. Culpiano Álvarez, alias *La Bella Otero* (como la famosa cortesana y bailarina española) solía “emplea[r]se como mucamo en casas ricas”, mientras que otro conocido como *Lucho* era sirviente de una “reconocida familia”, cuyo nombre Soiza Reilly prefería callar. De este modo, la nota periodística remitía a la percepción contemporánea de los peligros del servicio doméstico. Preocupados por formas de “contagio moral”, hacía años que médicos y criminólogos venían registrando la práctica entre los “invertidos” de emplearse como “sirvientas” (Salessi, 1995; Ben, 2007). Soiza Reilly (1920), además, interpelaba una situación más inmediata: su nota fue publicada al mismo tiempo que tenía lugar un intenso debate sobre un nuevo proyecto municipal de reglamentación del servicio doméstico. En el texto resonaban temores sociales ampliamente compartidos sobre la seguridad y la moralidad de las familias, que alimentaban habitualmente el debate sobre la

regulación del trabajo de las sirvientas. Lejos del reconocimiento de derechos laborales a estas trabajadoras, se trataba de debates próximos al registro de la delincuencia y del contagio moral. En otras palabras, las inciertas fronteras entre ladrones disfrazados de mucamos y hombres vestidos de mujer remitían a temores más amplios de la contaminación moral que implicaba tener a desconocidos en el ámbito familiar y a la mercantilización de relaciones de intimidad (Allemandi, 2017; Graham, 1992).

Otra característica de estos sujetos, quizás reconocida por los lectores de Soiza Reilly, era su trashumancia. La propia vida itinerante de la Princesa de Borbón transcurrió entre Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y otras ciudades sudamericanas. Al pie de una de las fotografías que ilustraban la crónica de Soiza Reilly se leía que Fernández había sido “expulsado varias veces de Buenos Aires” y que en ese momento se encontraba en Uruguay. En otra fotografía lucía el “traje de bailarina” con el que debutó en un café cantante de Mercedes (provincia de Buenos Aires) y que también usó en el teatro Moulin Rouge de Río de Janeiro.⁸

Es posible rastrear parte de sus viajes por la costa atlántica sudamericana. Pocos meses después de esta crónica que mencionaba su estadía en Montevideo, la Princesa de Borbón irrumpe en las crónicas policiales de Río de Janeiro con un escandalete que la prensa tituló el “caso del hombre-mujer”. La cobertura de la prensa brasileña permite acompañar sus pasos en una singular coyuntura: una ola de expulsiones de “apaches” y “cáftenes” por la Policía de Buenos Aires hacia fines de 1912, que obligó a las Policías de Uruguay y de Brasil a tomar recaudos por eventuales desembarques en sus puertos.⁹ Según las crónicas, el vapor *Pampa*, que llevaba varios “cáftenes, apaches y ladrones expulsados de Buenos Aires y Montevideo”, llegó a Río de Janeiro el 22 de diciembre de 1912 y quedó anclado en el puerto. La Policía dispuso que agentes del cuerpo de seguridad vigilaran a los “indeseables” para evitar que descendieran y asegurarse que siguieran viaje rumbo a Europa. Entre esos vigilados estaba la Princesa de Borbón, supuestamente expulsada de Montevideo.

7 El mismo procedimiento narrativo había utilizado en “Buenos Aires tenebroso: los apaches”, una anterior crónica suya publicada en *Fray Mocho*, año 1, número 3, Buenos Aires, 17 de mayo de 1912: 20-24.

8 El Moulin Rouge era uno de los varios cafés cantantes de propiedad del empresario italiano Paschoal Segreto, concentrados en la plaza Tiradentes. El nombre remitía a un intento de crear un punto de sociabilidad masculina bohemia, con un escenario para la presentación de artistas, consumo de bebida alcohólicas y la introducción del moderno cinematógrafo, entre otras atracciones. Véanse: “A empresa Paschoal Segreto” (en: *Gazeta de Notícias*, 25 de abril de 1910); Martins, 2007.

9 Figura central en el universo delictivo francés de comienzos del siglo XX, los *apaches* –caracterizados por la prensa parisina como jóvenes violentos y explotadores de mujeres– fueron estudiados por Perrot (1979) y Kalifa (2002).

En las noticias de la prensa brasileña no se la mencionaba como Luis Fernández, sino como Pedro Pérez o Armando Ariatti, nombres que habría declarado a la Policía cuando la detuvieron tras una confusa fuga del barco. Las primeras versiones decían que había llegado a Río de Janeiro “vestido de mujer” y que logró escabullirse en una lancha que la llevó a tierra firme, pese a la vigilancia de los irónicamente llamados “sherlocks cariocas” por la prensa local.¹⁰ Pero poco después apareció una segunda versión, según la cual sobornó a un agente policial llamado Ernesto Ribeiro Lopes para que le permitiera desembarcar del *Pampa*. El agente tuvo que prestar declaraciones ante el 2.º Delegado Auxiliar (autoridad de la Policía de Investigaciones) y terminó siendo exonerado de la fuerza.¹¹

Poco después de desembarcar, siempre vigilada por la Policía, la Princesa de Borbón se hospedó en el Hotel Italia-Brasil, en las inmediaciones del puerto y de la estación central de trenes, donde también solían instalarse otros recién llegados. En ese hotel, anónimos inmigrantes se mezclaban con sospechosos de proxenetismo; en esos años, no era infrecuente que el lugar fuera el escenario de crónicas policiales de la prensa. Para moverse por la ciudad, Fernández o Ariatti salió vestida de mujer. Es significativo que haya acabado detenida por un agente de investigaciones en la zona de Lapa, en cuyas calles se multiplicaban los establecimientos de diversión nocturna. Allí, cafés cantantes y bares convivían con casas de prostitución, pensiones de artistas y las discretas casas de *rendez-vous*, “para entrar y salir”. La región de Lapa formaba parte de un circuito de ocio nocturno que se extendía hasta las inmediaciones del “Largo do Rocío” (actual Plaza Tiradentes), que concentraba cabarets, teatros, casas de prostitución y espacios de encuentros homoeróticos (Schettini, 2006; Green, 2000).

Ariatti conocía bien ese circuito. Aquella primera vez fue apresado cuando entraba vestido como una *demi-mondaine* en una casa de la Travessa do Mosqueira esquina con la calle Visconde de Maranguape, en el corazón de Lapa. En 1913, la Policía local identificó seis pensiones de prostitutas en la Visconde de Maranguape, regenteadas en su mayoría por “polacas” (Schettini, 2006). Escoltada por policías y seguida de cerca por una multitud de “curiosos”, la Princesa de Borbón fue conducida hasta el Departamento Central de Policía, donde la esperaba el 2.º delegado auxiliar, doctor Ferreira de Almeida. Tras el interrogatorio, se decretó sumariamente su expulsión

10 “Em travesti. Um ladrão, fugindo de bordo, é preso quando procurava fugir à polícia, vestido de mulher”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1912: 5.

11 “O ladrão que desceu do bordo do Pampa subornou um agente de polícia”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 25 de diciembre de 1912: 3.

del país. Se la embarcó por la fuerza a bordo del vapor *Formosa* rumbo a Montevideo, poco después de Navidad, día de poco movimiento en el puerto ante la amenaza de un fuerte temporal.¹²

Las crónicas de los diarios añadían detalles para dar un tono cómico a la historia. Un supuesto juramento de Ariatti a las autoridades policiales (nunca más iba a “cambiar de sexo, a excepción del Carnaval”) buscaba restituir la práctica del “travestismo” a uno de sus espacios aceptados, los días del Momo. Como los hombres vestidos de mujer durante dicha fiesta eran una costumbre (Cunha, 2001; Green, 2000), el registro jocoso le daba cierta comprensibilidad al episodio. De hecho, en la nota de Soiza Reilly, publicada en Argentina, las fotos de Ariatti iban acompañadas de ilustraciones con referencias literarias a bufones del siglo XVII. Sin embargo, la crónica policial carioca brindaba elementos que permitían leer de otra manera los gestos de la Princesa de Borbón: al negarse rotundamente a ser fotografiada por la Policía sin su vestimenta femenina, Ariatti daba señales de estar jugando un juego distinto al carnavalesco: mujer se percibía y como mujer quería ser reconocida socialmente. Ese gesto fue más bien desplazado a un segundo plano por los cronistas, que insistían en el lenguaje carnavalesco para relatar los sucesos de su expulsión de Brasil: la imagen de los agentes de la Policía Marítima esperando impacientes al *gatuno* mientras este guardaba con cuidado las piezas de su “disfraz” (vestidos, botas, pelucas, corsés, sombreros decorados con cintas, plumas y flores) se repetía en las notas de los principales diarios cariocas.

De acuerdo con *A Época*, a uno de los agentes que la custodiaba, Julio Bailly, le habría confesado que pronto volvería a Brasil. Cuando le informaron que no la dejarían desembarcar de nuevo en Río de Janeiro, respondió que sería fácil eludir la vigilancia, que bastaba con cambiar el color del pelo, empolvase bien el rostro y esmerarse en la *toilette*, “y así, tal vez, termine bajando del barco de la mano del inspector”.¹³ La intención humorística del relato era doble: hablaba de las peligrosas dotes de seducción de Ariatti, pero también de la debilidad del inspector policial, pasible de sucumbir a sus pies. Antes de irse, la Princesa de Borbón tuvo tiempo para una segunda provocación al inspector Bailly: le entregó una tarjeta que decía “Armando Ariatti - calle Rocha n. 2F - Montevideo”. Le guiñó el ojo y se subió al barco. Otra versión de la misma anécdota aseguraba que, mientras subía la rampa, se dio vueltas y le dijo a Bailly: “Símpaticé mucho contigo, ¿vamos juntos hasta

12 “No mar”, *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 27 de diciembre de 1912: 6; y “Ladrão em travesti”, *A Notícia*, Río de Janeiro, 27 de diciembre de 1912: 2.

13 “Homem-mulher. O conhecido gatuno embarcou ontem”. En: *A Época*, 26 de diciembre de 1912: 2.

Santos?”¹⁴ Bailly era en aquel entonces la máxima autoridad de la Policía Marítima, que vigilaba la circulación de navíos entre los puertos del Río de la Plata y el litoral brasileño.

Las crónicas periodísticas apelaban a recursos narrativos demostradamente exitosos y conocidos por sus lectores. En este campo, la figura del policía burlado condensaba los riesgos potenciales que corrían muchos hombres pasibles de ser engañados por *performances* seductoros en la gran ciudad. La ridiculización del inspector Bailly remitía a otros relatos sobre los agentes policiales derrotados por la inteligencia de los simuladores modernos. Se trataba, en efecto, de una metáfora potente del ambiente al que estaban expuestos los policías encargados de custodiar la circulación en los puertos: anarquistas expulsados de diversos países, ladrones y estafadores internacionales, *cafénes* y otros “delincuentes viajeros” (Galeano, 2016b) componían un panorama desolador para los agentes de vigilancia. La historia del “ladrón vestido de mujer” que seducía y engañaba al inspector era una entre tantas noticias de policías que quedaban mal parados ante el desborde portuario.¹⁵

El guiño de ojos de la Princesa de Borbón podía tener sentidos diversos y simultáneos, interpellando el poder de seducción de las *demi-mondaines* y la vulnerabilidad de los potenciales seducidos. Para muchos lectores de estas noticias, el guiño expresaba el triunfo irónico de la figura del ladrón viajero, que tarde o temprano lograría cumplir su promesa de volver a Brasil, escabulléndose en los intersticios de la porosa vigilancia policial. Quizás para otros se insinuaba la atracción erótica en torno a la Princesa de Borbón en el marco del circuito nocturno que incluía las pensiones de prostitutas de Lapa y los lugares de encuentros sexuales furtivos, como la Plaza Tiradentes. Este gesto, entonces, podía aludir a las complicidades del espacio urbano frecuentado por la Princesa de Borbón, donde prostitutas de distintas nacionalidades convivían con clientes y *habitués* de los jardines de los teatros, cafés cantantes y casas de *rendez-vous*, entre ellos muchos agentes policiales (Green, 2000; Schettini, 2006).

Las noticias de los meses siguientes reforzaban estos juegos de doble sentido, a propósito de los rumores sobre un inminente desembarco de la Princesa de Borbón en Brasil, en pleno Carnaval de 1913.¹⁶ Los diarios reprodujeron una carta, en español, que Ariatti le habría mandado a un inspector de la

Policía Marítima. La mezcla de palabras en castellano y portugués indicaban un posible juego inventivo de los periodistas brasileños. El texto decía:

Apreciado capitán Miranda. Cuanto más lejos de esa bella y buena tierra, [en la] que tan bien y cariñosamente fui recibido, tengo la más profunda saudade y pienso dentro de muy breve volver para abrazarte. Estoy estudiando el modo de desembarcar sin ser conocido. Tu [*sic*] recibes millones de abrazos de amigo que te quiere – Armando Ariatti.¹⁷

Fuese o no resultado de la imaginación periodística, las amenazas del retorno de la Princesa de Borbón eran tomadas en serio por la Policía. Un reportero del *Correio da Manhã* narraba que, durante los primeros meses de 1913, varias mujeres habían sido apresadas porque “parecían hombres”. Solo en la Galería Cruzeiro hubo tres casos, y en el barrio de Lapa una joven llamada Martha fue detenida por un agente secreto que la confundió con Ariatti.¹⁸ Estos casos de engaño daban lugar a una nueva ridiculización de los agentes policiales, acusados de no saber diferenciar entre una “mujer fea” y un “hombre vestido de mujer”.

Aunque no se supo bien cuándo, dónde ni cómo desembarcó, a mediados de mayo de 1913 la detuvieron de nuevo en Río de Janeiro. Un agente de la Policía Marítima creyó ver a Ariatti en una mujer que, elegantemente vestida, volvía a hacer el mismo camino de antes: en tranvía, desde la Plaza Tiradentes hasta Lapa. Era la agitada zona de tránsito hacia el centro de la ciudad, en la que se formaban parejas para frecuentar las pensiones por hora, mientras que los llamados *gouveias* –imagen estereotipada del viejo en búsqueda de sexo con otro hombre más joven– buscaban los “meninos bonitos” que esperaban en la estatua ecuestre de Don Pedro I, ubicada en el medio de la plaza.¹⁹

14 “Os casos curiosos. Partiu o homem-mulher”, *A Noite*, 26 de diciembre de 1912: 4.

15 En efecto, la narración sobre el agente policial seducido y engañado por las falsas mujeres volvía a aparecer, de forma similar, en las notas del diario argentino *Crítica* del 1, 6 y 17 de agosto de 1919.

16 “Um escândalo policial”, *A Época*, 14 de febrero de 1913: 2; y “A audácia de um ladrão. A mulher homem”, *A Noite*, Río de Janeiro, 17 de marzo de 1913: 2.

17 “O homem-mulher. A polícia marítima redobra a vigilância a bordo”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 19 de marzo de 1913: 4. Según una versión del diario *O Imparcial*, esta carta fue mostrada por el subinspector Joaquim Miranda a un reportero que se encargó de hacerlo público entre el periodismo carioca, dando como resultado los más “jocosos comentarios”. “Um ladrão audacioso”, *O Imparcial*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 4.

18 “Um homem-mulher. Armando Arriarte, o célebre ladrão argentino, já está nas malhas da polícia”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 16 de mayo 1913: 2. Otros casos posteriores de detenciones de mujeres confundidas con Ariatti aparecen en “É mulher ou homem?”, *O Paiz*, Río de Janeiro, 3 de junio de 1913: 3.

19 A menudo, la Policía carioca hacía *vazias* entre esos “jóvenes pederastas” en la Plaza Tiradentes y las áreas aledañas. Véase, por ejemplo, un texto sobre la detención de

Al igual que los adeptos de la práctica de *cherchez la femme*, el agente tomó el mismo tranvía y la siguió hasta Lapa. Al percibir su mirada, Ariatti –acaso sin sospechar que se trataba de un policía– lo invitó a acercarse para conversar, siguiendo los pasos previsibles de este tipo de encuentros. Hicieron una cita para más tarde; ya de noche, el agente volvió con un guardia civil que lo ayudó a detener a la Princesa de Borbón. Ella había cambiado de vestuario: ahora lucía un largo vestido de seda azul marino con una línea de botones de madreperla y un sombrero con plumas que le tapaba toda la cabeza y la mitad del rostro. Jugando en el cenagoso terreno de la interacción entre la Policía y Ariatti, el periodista de *A Época* recreó un diálogo: cuando la Princesa de Borbón escuchó la orden para ir a prisión preguntó indignada al agente: “¿Y nuestro *rendez-vous*?”. “Nuestro *rendez-vous* –le habría respondido– es en la Comisaría 13^o”.²⁰

Entre sus pertenencias fue encontrado dinero brasileño y dos pesos en moneda argentina, lo que hace suponer que esta vez llegó desde el puerto de Buenos Aires. Recordemos que Soiza Reilly había mencionado en 1912 que la Princesa de Borbón tenía “más de 20 entradas en la policía porteña”. De hecho, en la versión que la Policía transmitió a la prensa, Ariatti habría confesado que desembarcó el día anterior en el vapor *Avon*, procedente de Buenos Aires. Como venían temiendo la Policía y la prensa del Brasil en los últimos meses, después de eludir la vigilancia de la Policía Marítima y de pasar una noche en un hotel, se dirigió al Largo de San Francisco, a metros de la Plaza Tiradentes, donde tomaría aquel tranvía con destino a Lapa.²¹ Como en su viaje anterior, pasó poco tiempo entre su llegada a Río de Janeiro y la detención policial. Queda claro que la Policía brasileña no le perdía el rastro y, además, pese a las crónicas periodísticas que seguían tratándola como “ladrón”, nada indica que haya cometido ningún robo.

De nuevo fue deportada en un vapor (*Oronsa*) rumbo al Río de la Plata y, una vez más, juró volver. La Policía carioca, preocupada por eventuales desembarcos en las escalas del navío, mandó telegramas a San Pablo para pedir que se

redoblara la vigilancia en el puerto de Santos.²² A esas alturas, algunos diarios, como el *Jornal do Comércio*, críticos con el accionar de la Policía, ya se burlaban de la trama de esta historia, que parecía ser cíclica: “Ariatti fue conducido –narraba el cronista– del 13^o distrito al Departamento Central, desde donde *nuevamente* será enviado a bordo [de un barco], a fin de ser deportado para que más tarde la Policía [Marítima] del Sr. Julio Bailly lo deje desembarcar”, en un eventual regreso a Brasil.²³ “¿Volverá?”, se preguntaba un cronista de *O Século*. “Seguro, dentro de tres meses se reirá a carcajadas delante de la inefable policía de Belisario Távora”, en referencia al jefe de Policía.²⁴

En los meses siguientes corrieron noticias falsas sobre supuestos viajes al Brasil de la Princesa de Borbón, movilizandole siempre agentes de la Policía Marítima en búsquedas infructuosas. En agosto, la llegada del *Oronsa* al puerto de Río de Janeiro estuvo rodeada de un “escándalo del diablo” cuando agentes policiales confundieron a una *divetti* montevideana con la ya famosa Princesa de Borbón. La uruguaya se resistía a tener que “demostrar” su condición de mujer. Días después, otro rumor de la llegada de Ariatti en el vapor *Principessa Mafalda* fue el tema del día en la zona portuaria: al entrar al puerto, los vigilantes revisaron el barco de proa a popa, sin ningún éxito. La prensa se encargaba de difundir estas versiones sobre eventuales hallazgos de sujetos que podían ser “el verdadero Ariatti, Princesa de Borbón”, circulando por las calles de Río con otros “nombres de guerra”, como por ejemplo *Lulú* o *Manón*. Todo el submundo prostibulario y nocturno de la capital brasileña parecía estar bajo sospecha.²⁵

UN MUNDO ARTÍSTICO ITINERANTE

Parte del sentido humorístico de las hazañas y rumores sobre la Princesa de Borbón derivaban de su poder de seducción y la ridiculización de la inoperancia policial. Pero es preciso tener en cuenta que los desplazamientos de

diez jóvenes de entre 16 y 25 años acusados del “vicio de la pederastia pasiva” en octubre de 1907: Archivo Nacional del Brasil, Fondo GIF1 - Secretaría de Policía, Caja 6C223. Sobre los “*gouveias*” y los “*meninos bonitos*”, véase Green, 2000: 51-106.

20 “Os desbriados. Armando Ariatti, o célebre larapio que operava em travesti, mais uma vez foi preso ontem”, *A Época*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 2.

21 “Homem-mulher. Armando Ariatti novamente no Rio”, *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 9; y “Ladrão em travesti. Voltou ao Rio”, *O Paiz*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 6.

22 “O homem-mulher. A polícia marítima está seriamente preocupada com o grande pandego”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 18 de mayo de 1913: 3.

23 “Disfarçado em mulher”, *Jornal do Comércio*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 5 [énfasis del original].

24 “Armando Arriarte no Rio”, *O Século*, Río de Janeiro, 16 de mayo de 1913: 3.

25 “Manon voltou ao Rio? A polícia teve denúncia de achar-se entre nós o conhecido ladrão Armando Ariarte”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 31 de marzo de 1913: 4; “Ainda Armando Arriarte. Barafunda a bordo”, *O Século*, Río de Janeiro, 14 de agosto de 1913: 2; y “Ainda Armando Ariarte”, *O Século*, Río de Janeiro, 9 de septiembre de 1913: 2.

Ariatti por la costa atlántica no siempre eran motivados por decisiones propias. Eran, más bien, una mezcla de estrategias de supervivencia entre oportunidades laborales reducidas y prácticas policiales de vigilancia. A comienzos del siglo XX, las Policías sudamericanas –en especial las de Argentina y Brasil– contaban con un conjunto de herramientas para vigilar el flujo de sospechosos e indeseables por las rutas atlánticas. Las leyes de expulsión de extranjeros sancionadas en Argentina (1902) y Brasil (1907) habían consolidado una herramienta de deportación de individuos nacidos en otros países a través de un procedimiento que le otorgaba a la Policía un amplio margen de acción y discrecionalidad. Por un lado, se encargaba de toda la etapa inicial de instrucción del proceso, que luego era elevado a un ministro (de Justicia, en el caso brasileño; del Interior, en el caso argentino), para la firma del decreto de expulsión. Además, las Policías habían logrado estructurar un canal de intercambio de informaciones entre las jefaturas de Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo y otras ciudades de la región, que servía de instrumento de vigilancia de la circulación y que brindaba antecedentes en los procesos de expulsión.²⁶

Junto a las expulsiones “formales” –es decir, aquellas que se iniciaban con un expediente policial y que terminaban con la firma de un ministro–, existían otros procedimientos más “informales” pero igualmente difundidos, y que también terminaban con la deportación forzada de un extranjero indeseable. De hecho, las expulsiones sin decreto, ejecutadas sumariamente por la jefatura policial, existían desde antes de la sanción de las leyes en el primer decenio del siglo XX. Y continuaron existiendo. Junto a este recurso, la Policía impedía desembarques de sujetos que venían expulsados de Europa y de otros países sudamericanos, o simplemente de viajeros que, según las informaciones recibidas por las jefaturas policiales, tenían “malos antecedentes”. Así parece haber sucedido con la Princesa de Borbón en sus fugaces pasos por Río de Janeiro en 1912 y 1913.

El embarque en el vapor *Pampa* de varios indeseables expulsados de Buenos Aires en diciembre de 1912, en el que también viajaba la Princesa de Borbón, fue objeto de un intenso intercambio de telegramas entre las Policías de Argentina y Brasil.²⁷ Exactamente un año más tarde, la Policía brasileña la esperaba para evitar su desembarco en Santos o en Río de Janeiro, luego de ser informadas por un telegrama de Buenos Aires de la

expulsión de Ariatti a bordo del vapor *Cap Verde*.²⁸ Las listas oficiales de extranjeros expulsados del Brasil en esos dos años muestran numerosos nombres de *cafiñes* embarcados rumbo a Europa y al Río de la Plata, pero no figura ningún Luis Fernández, ni Armando Ariatti ni “Ariarte”, como le llamaban algunos diarios.²⁹ Eso permite suponer que la actuación de la Policía se ciñó, por un lado, a la esfera de los impedimentos de desembarque y, por el otro, cuando la Princesa de Borbón logró eludir la vigilancia portuaria y perderse entre la ciudad, a expulsiones sumarias y expeditivas resueltas en la sede policial.

Aunque en el caso específico de Ariatti no se movilizó la legislación de expulsión de extranjeros, eso no quiere decir que en Brasil la aplicación de la ley de 1907 haya dejado fuera de su órbita de injerencia la custodia de la “moralidad y las buenas costumbres”. De hecho, en el Archivo Nacional se encuentra un proceso de expulsión de dos “muchachos orientales” (uruguayos), detenidos en un bar del centro cuando estaban “vestidos de mujer”. En el expediente, la Policía los acusaba de “vagabundaje”, de “practicar la pederastia pasiva” y de no tener “profesión ni medio honesto de vida”, solicitando su expulsión del territorio nacional, que fue decretada sin objeciones. Rafael Manso y Héctor Oliveira tenían 21 años. La policía los detuvo en abril de 1912 y, en la misma oficina del delegado auxiliar por la que pasaría la Princesa de Borbón meses después, los sometió a interrogatorio.³⁰

Rafael contó que había llegado a Brasil el 19 de marzo de ese año, a bordo del vapor *Cap Ancona*, desde su Montevideo natal. Sastre de oficio, consiguió empleo en la céntrica Tintorería União, sobre la calle Sete de Setembro, pero terminó dejando el trabajo porque los cuatro mil reis que le pagaban no alcanzaban para cubrir sus gastos. Héctor también era montevidiano y declaró ser empleado de comercio, como tantos otros recién llegados. Había arribado a Brasil antes que su amigo, el 20 de noviembre de 1911. Según los “testigos” –que, como solía ocurrir en los procesos de expulsión, eran empleados de la Policía–, Rafael y Héctor no tenían domicilio fijo y “pernoctaban en casas de alquiler y pensiones de ínfima categoría”. Además de la “pederastia pasiva”, practicaban “hurtos de joyas y dinero, en los que eran víctimas los individuos viciosos que los acusados invitaban a tales actos inmorales”. En búsqueda de dichas “víctimas”, recorrían las inmediaciones de

26 Sobre la práctica de expulsión de extranjeros en Argentina y Brasil, véanse: Menezes, 1996; Schertini, 2012a; Galeano, 2016b; Albornoz y Galeano, 2017.

27 Los telegramas de la Jefatura de Policía de Buenos Aires a la Policía carioca están disponibles en el Archivo Nacional del Brasil, Fondo GIF1 - Secretaría de Policía, Caja 6C392.

28 “Armando Ariarte volta ao Rio? A polícia recebe um aviso”, *A Imprensa*, Río de Janeiro, 2 de diciembre de 1913: 2.

29 Las listas oficiales de expulsados aparecen en *Relatório*, 1912: 59 y *Relatório*, 1913: 61-62.

30 Archivo Nacional del Brasil, Fondo IJJ7 - Expulsión de Extranjeros, Caja 150.

la misma Plaza Tiradentes, tan conocida de la Princesa, “zona frecuentada por los degenerados e invertidos”.³¹ La ausencia de pruebas para sostener la acusación delictiva no impedía que la prensa —como sucedería con Ariatti y con tantos otros casos— construyera un relato en torno a la idea de los “ladrones que se vestían de mujer para robar”. Así se narró la detención y expulsión de Rafael y Héctor, embarcados en el vapor *Vauban* después de pasar un mes presos en la Casa de Detención.³²

Si bien en un caso se trata de una expulsión formal y en el otro de una deportación aún más sumaria, los paralelos entre los muchachos uruguayos y la Princesa de Borbón son evidentes: desplazamientos por las mismas rutas atlánticas (del Río de la Plata a Brasil), el mismo territorio de acción en Río de Janeiro (la Plaza Tiradentes y la zona prostibularia y de diversiones nocturnas del centro) y la misma lógica de persecución policial —que les permitió poco tiempo de permanencia en la ciudad—. Por todo lo demás, un abismo se abría entre las ignotas vidas de Rafael y Héctor, y de la famosa Princesa de Borbón, cuyas andanzas sudamericanas la convirtieron, según la crónica de Soiza Reilly, en “el rey de los ladrones vestidos de mujer”. La fama de la Princesa sobrevivió a aquel contexto inmediato. Dos años después de sus expulsiones, se transformó en un personaje de la obra teatral *Los Invertidos*, del dramaturgo José González Castillo, estrenada en septiembre de 1914. En el segundo acto irrumpía la Princesa de Borbón, definida como un sujeto que “viste de mujer elegantemente”, que hablaba en lunfardo “con exagerada voz femenina” y bailaba con “extremados movimientos” (González Castillo, 2011: 58).³³

El estreno de la obra fue el cenit, pero su fama ya estaba consolidada desde antes. Para Soiza Reilly, sus “picarescas aventuras” ni siquiera necesitaban ser contadas en 1912 porque eran conocidas por el público lector. Apenas mencionaba que era un “muchacho de singular belleza”, alto, de grandes ojos negros, buena presencia y frecuentador de bailes; que en sus

31 *Ibid.*

32 “Os mocinhos argentinos”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 5 de abril de 1912: 3; y “Deportados”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 23 de mayo de 1912: 7.

33 Mucho más tarde, a comienzos de la década de 1930, los elementos característicos referidos al mundo artístico, a las relaciones de prostitución, a la expulsión y, finalmente, a la práctica del travestismo, volvían a combinarse para asociarlos con una Princesa de Borbón, esta vez una “cortesana” que frecuentaba el elegante cabaret Tabarís en la calle Corrientes de Buenos Aires (Vincelle, 1933: 110-124). Que en los años siguientes Sebrel y otros autores retomaran lo referido a la Princesa y sus historias sugiere hasta qué punto el nombre “Princesa de Borbón” estuvo asociado a este contexto social porteño del mundo de los travestis (Sebrel, 2011).

estadías en Buenos Aires solía trabajar en “café cantantes” y “aprovechaba los días de Carnaval para vestirse de mujer”. Si a estas alturas ya nos queda claro que la Princesa de Borbón no se vestía de mujer solo durante el Carnaval, la observación sobre la posibilidad que le daba trabajo en café cantantes merece ser mejor explorada. Además de los rituales carnavalescos, la práctica del transformismo era usada con frecuencia y reconocida en el circuito de los teatros de *variétés* que, en los primeros años del siglo XX, conectaba ciudades y pueblitos sudamericanos con grandes metrópolis europeas. Los significados y efectos de la circulación de imágenes femeninas en este ámbito ocupaban también un lugar central en trayectorias de mujeres transgénero, como la Princesa de Borbón.

El teatro de variedades, con su incesante fluir de atracciones que cambiaban cada semana en cabarets y teatros-casino, nació de una inédita organización empresarial en el mundo del espectáculo. Produjo, además, un incremento de los viajes de artistas basados en precarios acuerdos de trabajo. En términos de consumo cultural, los circuitos artísticos mercantizaron *performances* de estilos de feminidad sobre escenarios, proceso que un crítico cultural denominó “espectacularización del cuerpo femenino”.³⁴

Para las mujeres, esta mercantilización se traducía en acuerdos laborales bien específicos que involucraban giras internacionales, contratos mal pagados y una permanente sospecha moral que, en muchos casos, expresaba un empalme entre el trabajo artístico y el ejercicio de la prostitución (Schettini, 2012b). Algunos apodos elegidos por Ariatti y sus amigos se referían a ese universo, caracterizado por un juego con una autenticidad inventada: estilos musicales pretendidos y formas de bailar “típicos”, acompañados de denominaciones regionales, tal como La Sevillanita, La Argentinita, La Cordobesita, etc.³⁵ En este contexto, era común que diferentes artistas se especializaran en imitar a figuras conocidas y que, de hecho, construyeran toda su carrera a partir de sus capacidades de personificar a otras artistas. Tal era el caso de la Bella Otero. Española de nacimiento, alcanzó una notoriedad inédita como una mezcla de cortesana, bailarina y cantante, presentándose en escenarios europeos y sudamericanos. Los transformistas podían ser ubicados como parte de esta cadena de personificaciones. Sus *performances* estaban entre las más populares y mejores pagadas a comienzos de siglo (Toll, 1976), lo que da una medida de su éxito. Bajo

34 Anastasio (2009), al referirse a la popularidad del *cuplé* español, subrayaba la mercantilización de las imágenes de mujeres que circulaban a través de postales y fotos en revistas, y de sus voces en discos.

35 El desafío, según un cronista nostálgico de mediados del siglo XX, era lograr inventar “algo propio y moderno” en medio de repeticiones de lo “folclórico” y de la eterna imitación de “modas extranjeras” (Onis, 1946: 180-184).

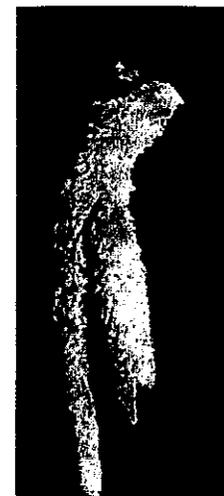
denominaciones que iban de “transformistas” a “imitadores” o “parodistas”, estos artistas llenaban las salas de los cafés-conciertos de los principales centros urbanos de Europa y del continente americano.

En la crónica de Soiza Reilly, además de la Princesa de Borbón aparecían referencias a José Rodríguez Gonzales, alias *La Morosoni*, quien había trabajado como actriz y corista en un teatro nacional hasta que se fugó al Brasil; Francisco Torres, con el nombre de *La Venus*, hacía sus números en el club La Sociedad de los Pimpollos (calle Talcahuano al 860); y Ángel Cessani, *La Choricera*, que tenía una casa de baile en Puente Alsina. Una década antes, en su relato autobiográfico dedicado al criminólogo Francisco de Veyga, la “Marica”, que asume la identidad de la Bella Otero, lleva hasta las últimas consecuencias su identidad de artista, siguiendo un juego de imitaciones: “He estado en París, donde bailé en los cafés-conciertos, dándole mucha envidia a otra mujer que usa mi mismo nombre para hacerse pasar por mí” (De Veyga, 1903).

Los nombres artísticos como la Bella Otero, la Princesa de Borbón y otros eran mucho más que meros apodos. Al insertarse en este género de entretenimiento en los albores del siglo XX, participaban de un *continuum* de *performances* de identidades y personajes, en los que las copias y los originales confluían en la producción de diversas versiones de feminidad glamorosa y seductora. Recurrir a esos nombres y a la posibilidad de actuar en un escenario ponía en cuestión los postulados científicos sobre la “inversión sexual”. Además, podían reivindicar la expresión artística como una forma de ganarse la vida. Monsieur Bertin, por ejemplo, se estuvo presentando en el escenario del Casino en 1912 y el día del estreno fue anunciado como un “transformista famoso”, recién llegado luego de actuar “con gran éxito por los escenarios de Londres”. Bertin era un referente de los imitadores que se especializaban en personificar “a las más hermosas actrices y a las más celebradas *professional beauties*”.³⁶ Probando que “había Bertin para muchas noches”, el transformista demostró a los porteños que “canta con precioso timbre de tiple, modula con sorprendente facilidad, acciones [*sic*] y se caracteriza de tal modo, que por momentos sugestión y embelleza al público”.

Estas descripciones sugieren las maneras en que *performances* transformistas podían ser vistas en ese tiempo. El éxito no resultaba solo de la eficacia de la vestimenta, sino también de la veracidad de la actuación femenina con tonos eróticos. La Princesa de Borbón, entonces, se insertaba en este

continuum de representaciones artísticas de una feminidad “picaresca”, en el que participaban bailarinas y cancionistas junto con sus imitadores e imitadoras. El transformismo del teatro de variedades seguramente les abría un repertorio de *performances* disponibles y socialmente aceptadas, acaso delineando las versiones de feminidad que esas personas asumían también afuera del escenario. A la luz de este contexto, ganan sentido las fotografías de la Princesa de Borbón que se publicaban una y otra vez en los diarios y en las revistas de América del Sur.



Fuente: Soiza Reilly, 1912.



Fuente: Soiza Reilly, 1912.

Fuente: *O Malho*, Río de Janeiro, 4 de enero de 1913.

Las fotografías sugieren que parte de la fascinación provocada por los transformistas era la posibilidad de radicalizar una escenificación del género, como menciona Sharon Ullman (1995) en un artículo sobre estos artistas en Estados Unidos de América durante el mismo periodo. En este sentido, el mundo artístico puede haber sido una salida para quienes lograron escapar de las lentes fotográficas policiales.

Estas *performances* de mujeres materializaban intersecciones entre nuevas tendencias de consumo cultural, estatus y nacionalidad. En ese sentido, la vida de la Princesa también es sugerente respecto a cómo esas *performances* e imágenes podían brindar a muchas otras personas la posibilidad de construir sus identidades de género, ofreciéndoles un “vocabulario simbólico” inteligible.

36 “Menudencias”, en: *Caras y Caretas*, número 517, Buenos Aires, 29 agosto de 1908: 84; y “Casino - El debut del transformista Bertin”, en: *Caras y Caretas*, número 706, Buenos Aires, 13 de abril de 1912: 6.

En otras palabras, la imitación a las artistas de variedades que hacían los transformistas en los escenarios daba forma a un estilo de feminidad empleado con sentidos diversos, a veces indescifrables para sus contemporáneos.

CONSIDERACIONES FINALES

Por detrás de la unívoca acusación de “ladrones vestidos de mujer”, esas personas ganaban múltiples identidades: sirvientas, prostitutas, artistas de *varietés*. El robo –sospecha insinuada por la Policía y consolidada por los relatos periodísticos– puede haber sido una estrategia para conseguir dinero en un universo social de oportunidades limitadas para la supervivencia de maricas y travestis. Pero, ciertamente, no era la actividad principal a la que se dedicaban, y mucho menos un horizonte identitario. En una época en que muchos hombres dedicados a actividades delictivas comenzaban a verse a sí mismos como “ladrones profesionales”, ninguno de los personajes mencionados en este trabajo se involucraba en el mundo del delito como una forma de vida.

En rigor, con excepción de la Bella Otero, cuya voz fue captada por el criminólogo Francisco de Veyga y, a través de ese relato, recuperada por estudios históricos (Salessi, 1995; Ben, 2007), la trayectoria de otras protagonistas de dichas transformaciones de género a comienzos del siglo XX –como la Princesa de Borbón– nos llegan por medio de relatos periodísticos y policiales. Esas narrativas buscaban crear una clave de lectura de sus vidas como existencias engañosas, simuladoras y delictivas. Fue tal vez Juan José de Soiza Reilly, en la crónica de 1912, quien mejor resumió esa idea en torno al argumento de que los “ladrones que se visten de mujer” “se valen de su aspecto afeminado” para engañar a hombres ricos y diversos *otarios* que desconocían los secretos de la vida urbana moderna, como las víctimas del cuento del tío. El registro predominante, entonces, oscila entre “hábil ladrones” y “enfermos psíquicos”.

Una lectura detenida en esos mismos relatos, de la crónica de Soiza Reilly y de las numerosas noticias policiales sin firma, permite argumentar contra la propia hipótesis que sostienen. Tal como en el caso de los “muchachos orientales” (Rafael y Héctor) expulsados del Brasil en 1912, cuya acusación de “ladrones vestidos de mujer” no iba acompañada de una sola prueba delictiva, toda la historia de la Princesa de Borbón redundaba en datos imprecisos cuando se trata de demostrar su condición de “ladrón”. Ni el relato de Soiza Reilly ni las numerosas crónicas policiales en la prensa de Argentina y Brasil brindaban detalles sobre algún robo concreto. Ese vacío era ocupado por anécdotas jocosas sobre seducciones a empleados policiales y leyendas urbanas que le atribuían a la Princesa haber paseado por las calles de Montevideo abrazada a un comisario de Policía o haberse presentado en

el Congreso argentino para pedir una pensión como viuda de un militar muerto en combate en la guerra del Paraguay, todas mencionadas en la crónica de Soiza Reilly.

Quizás algo de esas anécdotas remitan a la esfera de lo real, de lo ocurrido en la vida de la Princesa de Borbón. Pero leerlas en clave de indicios de simulación delictiva, de un personaje más en la fauna de embaucadores que circulaban por el Atlántico sudamericano en búsqueda de dinero fácil, parece más bien un gesto de legitimación de los violentos procedimientos policiales. Otra lectura es posible: mirar las formas de sobrevivencia y de trabajo disponibles para estas personas que asumían una identidad social femenina en el cruce de múltiples fronteras: de género, de identidades sexuales, de actividades remuneradas y no remuneradas, de la legalidad y la ilegalidad. La conexión entre los circuitos artísticos, laborales y delictivos merece ser abordada más allá de la nota de color o de la mera constatación de simultaneidad. Más bien, debe ser examinada como fragmentos de la experiencia de sujetos que asumían identidades de género femeninas y construían estrategias de supervivencia disponibles por las configuraciones contemporáneas del mundo del trabajo. Tomar al pie de la letra la identidad elegida por quien policías y periodistas se empeñaban en llamar Armando Ariatti o Luis Fernández, es decir, la Princesa de Borbón, es un llamado a pensar su trayectoria fuera de la jaula hermenéutica construida por sus narradores, y que conduce siempre a la idea del disfraz, de la simulación y del jolgorio carnavalesco.

Sus pasos arriba y abajo del escenario habilitan una reflexión sobre las posibilidades y los límites de un incipiente mercado del entretenimiento, en el que prácticas sociales vinculadas a la intimidad y a la sexualidad adquirían un precio. Al igual que muchas personas autoidentificadas como mujeres buscando refugio en el servicio doméstico, la adopción de un nombre artístico femenino –inteligible para sus contemporáneos– para moverse como personaje del teatro de variedades era una estrategia de supervivencia física y de construcción de dignidad. Era algo más que la “resistencia” a las inclemencias de un mundo opresor: se trataba de la invención de un espacio de existencia –frágil, es verdad, y a menudo demasiado efímero– en las fronteras del trabajo femenino. La denuncia del “ladrón vestido de mujer” buscaba clausurar ese campo de posibilidades y reponer la identidad masculina a cualquier costo.

Más compleja y ambigua es la referencia al servicio doméstico. Algunas historiadoras han mostrado que en América del Sur los debates en torno a la reglamentación de ese trabajo tradujeron diversos temores frente a la autonomía o la demanda por derechos de las mujeres en términos de un miedo al delito en los hogares (Allemandi, 2017; Fernandes de Souza, 2014; Graham, 1992). Es posible imaginar que la nota de Soiza Reilly, al asociar la figura periodística

de los “hombres vestidos de mujer” a prácticas delictivas, pudo haber sido leída también en conexión con la polémica social sobre la reglamentación del servicio doméstico. De esa manera, se combinaban esos dos universos de significados: la asociación al refinamiento de técnicas de simulación, como la de los cuenteros del tío, y aquellos temores más específicos de “contagio moral”. Nada representaba mejor estos miedos que el mundo del servicio doméstico, una relación de trabajo en la que la intimidad reforzaba los temores hacia el otro. La estrategia narrativa de apuntar al delito para caracterizar y explicar la condición travesti de estos jóvenes llevaba el clásico tópico criminológico de la “simulación” al terreno de la identidad de género: estos sujetos que amenazaban con entrar en los ámbitos más recónditos de la familia –advertían los policías, reafirmaban los periodistas– no eran lo que “aparentaban ser” y no aparentaban lo que “verdaderamente eran”, ladrones vestidos de mujer.

Esa imputación disimulaba –aunque no ocultaba del todo– la inserción laboral de estas mujeres en los márgenes del teatro de variedades y del mercado del entretenimiento: desde peinadoras y maquilladoras de actrices (“peinadores de damas”, decía Soiza Reilly, era el “oficio en el que todos declaran trabajar cuando se les detiene”), hasta artistas de *varietés*, actividad a la que solía estar vinculado su nombre femenino. Por su parte, la frontera maleable entre ese espacio teatral y el mundo de la prostitución –ambos constituidos en medio de una intensa circulación transnacional de mujeres– atravesaba la vida y las estrategias de supervivencia de sujetos como la Princesa de Borbón. Finalmente, el sentido de género de ciertos tipos de trabajo doméstico no remunerado era, con certeza, otra parte constitutiva, aunque nada glamorosa, de la experiencia de ser una mujer en aquel mundo. Esta dimensión es evidente en los recuerdos, a mediados del siglo XX, de un famoso malandro de Río de Janeiro, conocido por transformarse en Madame Satá. Barrer el piso y limpiar la comisaría, trabajo de mujer, era la actividad que la Policía daba a los travestis que arrestaba en los años de la década de 1920 (Green, 2003).

A pesar de los rumores de su muerte en 1916, el nombre de la Princesa de Borbón volvió a aparecer en las páginas del diario argentino *Crítica* en 1919, viviendo supuestamente en Montevideo en una casa de pensión de artistas, con el propósito de llevar “una vida tranquila”.³⁷ Es significativo que el periodista porteño la presentara como una persona conocida por sus lectores. Recordaba que “desde niño, gustó del ropaje femenino y de experimentar emociones propias del sexo débil” y que así se ganó un lugar “en el mundo galante”.³⁸ Unas líneas más abajo, sin embargo, retomaba el sentido ya conocido

al aclarar que “el robo era la finalidad de todas las pasiones que provocaba”. Entre el reconocimiento de una identidad femenina y la idea de la simulación delictiva, se reiteraba el mismo repertorio de categorías que otros usaban para definir y darle verisimilitud a su vida; esa vida que transcurrió entre España, Argentina, Uruguay, Brasil y, quizás, Chile; esa vida que –de este modo– atravesó fronteras nacionales, pero también las fronteras entre diversos espacios laborales que, con toda su precariedad, le permitieron sobrevivir, viajar y, de algún modo, existir de acuerdo a la identidad que reivindicaba.

37 “La princesa está herida”, *Crítica*, 6 de agosto de 1919.

38 *Ibid.*

FUENTES

PERIÓDICOS

- A Noite*, Río de Janeiro, 1912, 1913, 1916.
Fray Mocho, Buenos Aires, 1912.
Gazeta de Notícias, Río de Janeiro, 1910, 1912, 1913.
Correio da Manhã, Río de Janeiro, 1912, 1913.
Jornal do Brasil, Río de Janeiro, 1912, 1913.
A Notícia, Río de Janeiro, 1912.
A Época, Río de Janeiro, 1912, 1913.
Crítica, Buenos Aires, 1919.
O Imparcial, Río de Janeiro, 1913.
O Paiz, Río de Janeiro, 1913.
Jornal do Comércio, Río de Janeiro, 1913.
O Século, Río de Janeiro, 1913.
A Imprensa, Río de Janeiro, 1913.
Caras y Caretas, Buenos Aires, 1908, 1912.

MANUSCRITOS

- Base de datos del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA):
<http://cemla.com/buscadot/>
 Archivo Nacional del Brasil, Fondo GIF1 - Secretaría de Policía, Caja 6C223.
 Archivo Nacional del Brasil, Fondo GIF1 - Secretaría de Policía, Caja 6C392.
 Archivo Nacional del Brasil, Fondo Ministerio de Justicia y Negocios Interiores -
 Expulsión de Extranjeros, IJJ7, Caja 150.

BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, Martín y Diego Galeano
 2017 "El momento Beastly: la Policía de Buenos Aires y la expulsión de
 extranjeros, 1896-1904". En: *Astrolabio*, número 17. Córdoba, Argentina:
 Universidad Nacional de Córdoba. 6-41.
- Allemandi, Cecilia
 2017 *Servientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la
 ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos
 Aires: Tesco / Udesa.

Anastasio, Pepa

- 2009 "Pisa con Garbo: el cuplé como performance". En: *Trans. Revista
 Transcultural de Música*, número 13. Barcelona: Sociedad de
 Etnomusicología. s. p.

Ben, Pablo

- 2009 *Male sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-
 1955*. PhD. Dissertation. Chicago, Estados Unidos de América:
 University of Chicago.
 2007 "Plebeian masculinity and sexual comedy in Buenos Aires, 1880-1930".
 En: *Journal of the History of Sexuality*, volumen 16, número 3. Texas,
 Estados Unidos de América: University of Texas Press. 436-458.

Chauncey, George

- 1995 *Gay New York. Gender, Urban Culture and the Making of Gay Male
 World, 1890-1940*. Nueva York Estados Unidos de América: Basic Books.

Cunha, María Clementina Pereira

- 2001 *Ecos da folia: uma história social do carnaval carioca entre 1880 e 1920*.
 San Pablo, Brasil: Companhia das Letras.

De Veyga, Francisco

- 1903 "La inversión sexual adquirida". En: *Archivos de psiquiatría, criminología
 y ciencias afines*, tomo II. La Plata, Argentina: Universidad Nacional
 de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación /
 Biblioteca Orbis Tertius.

Fernandes de Souza, Flavia

- 2014 "A criadagem sob suspeita: as relações entre o poder público e os
 trabalhadores domésticos na cidade do Rio de Janeiro no entre séculos
 XIX-XX". En: *Anais do XVI Encontro Regional de História da Anpuh-Rio* 1.
 Río de Janeiro: Anpuh-RJ. 1-16.

Galeano, Diego

- 2016a "Entre cuenteros y otarios: Historia transnacional de una estafa en
 América Latina, 1870-1930". En: *Historia*, volumen 49, número 2.
 Santiago de Chile. 395-427.
 2016b *Criminosos viajantes: circulações transnacionais entre Rio de Janeiro e
 Buenos Aires, 1890-1930*. Río de Janeiro: Arquivo Nacional.

González Castillo, José

- 2011 *Los invertidos y otras obras*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

- Graham, Sandra
1992 *Proteção e obediência. Criados e seus patrões no Rio de Janeiro (1860-1910)*. San Pablo, Brasil: Companhia das Letras.
- Green, James
2003 “O Pasquim e Madame Satã, a ‘rainha’ negra da boemia brasileira”. En: *Topoi*, volumen 4, número 7. Río de Janeiro. 201-221.
2000 *Além do carnaval. A homossexualidade masculina no Brasil do século XX*. San Pablo, Brasil: UNESP.
- Kalifa, Dominique
2002 “Archéologie de l’Apachisme. Les représentations des Peaux-Rouges dans la France du XIXe siècle”. En: *Revue d’histoire de l’enfance « irrégulière »*, número 4. 19-37.
- Martins, William
2007 “Paschoal Segreto: Ministro das Diversões do Rio de Janeiro (1883-1920)”. En: *Cidade Nova*, número 1. 83-96.
- McClintock, Anne
2010 *Couro imperial. Raça, gênero e sexualidade no embate colonial*. Campinas, Brasil: Unicamp.
- Menezes, Lená Medeiros de
1996 *Os Indesejáveis - desclassificados da modernidade. Protesto, crime e expulsão na Capital Federal (1890-1930)*. Río de Janeiro: EdUERJ.
- Onis, Federico de
1946 “La Argentinita”. En: *Revista Hispanica Moderna*, número 12. 180-184.
- Perrot, Michelle
1979 “Dans le Paris de la Belle Époque, les Apaches, premières bandes de jeunes”. En: *Les marginaux et les exclus dans l’histoire*. París: Union générale d’éditions.
- Relatório
1913 *Relatório do Ministro da Justiça e Negócios Interiores*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional.
1912 *Relatório do Ministro da Justiça e Negócios Interiores*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional.
- Salessi, Jorge
1995 *Médicos, maleantes y maricas: higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina. Buenos Aires: 1871-1914*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.
- Schettini, Cristiana
2013 “Los transformistas en el varieté de comienzos del siglo XX”. En: *Actas de las XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Mendoza, Argentina: Universidad Nacional de Cuyo.
2012a “Exploração, gênero e circuitos sul-americanos nos processos de expulsão de estrangeiros (1907-1920)”. En: *Tempo*, volumen 18, número 33. Río de Janeiro: Instituto de Historia, Universidad Federal Fluminense. 51-73.
2012b “South American Tours: work relations in the entertainment market in South America”. En: *International Review of Social History*, volumen 57. 129-160.
2006 *Que Tenhas Teu Corpo. Uma História social da prostituição no Rio de Janeiro das primeiras décadas republicanas*. Río de Janeiro: Arquivo Nacional.
- Sebrelli, Juan José
2011 *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación: seguido de Buenos Aires, ciudad en crisis*. Buenos Aires: Sudamericana. [1964]
- Soiza Reilly, Juan José de
1920 *La escuela de los pillos*. Buenos Aires / Montevideo: Madera / de Angelis.
- Steedman, Carolyn
1994 “The Price of Experience: Women and the Making of the English Working Class”. En: *Radical History Review*, número 59. 108-119.
- Toll, Robert
1976 *On with the show. The First Century of Show Business in America New York*. Oxford, Inglaterra: University Press.
- Ullman, Sharon
1995 “The Twentieth Century Way: Female Impersonation and Sexual Practice in Turn of the Century America”. En: *Journal of the History of Sexuality*, volumen 5, número 4. 573-600.
- Van Voss, Lex Heerma
2012 “The Worst Class of Workers: Migration, Labour Relations and Living Strategies of Prostitutes Around 1900”. En: Marcel Van der Linden y L. Lucassen: *Working on Labour*. Leiden, Holanda: Brill.
- Vincelle, Claudio
1933 *El amor en la Argentina*. Buenos Aires: El Ombú.